

dolor, le dijo: — ¡Ay, señor cura! ¿Para qué quiero este papel si no sé leer? Lo que le ruego á su mercé es que por Dios entierre á mi marido.— Pues, hija, decía el cura con gran socarra, ya te entiendo; pero no puedo hacer estos favores; tengo que mantenerme y que pagar al padre vicario. Anda, mira á don Blas, á don Agustín ó á otro de los señores que tienen dinero, y ruégales que te suplan por tu trabajo el que te falta y mandaré sepultar el cadáver.

— Señor cura, decía la pobre mujer, ya he visto á todos los señores y ninguno quiere.— Pues alquilate; métete á servir.— ¿Dónde me han de querer, señor, con estas criaturas?— Pues anda, mira lo que haces y no me muelas, decía el cura muy enfadado, que á mí no me han dado el curato para fiar los emolumentos, ni me fía el tendero, ni el carnicero, ni nadie.— Señor, instaba la infeliz; ya el cadáver se comienza á corromper y no se puede sufrir en la vecindad.— Pues cómetelo, porque si no traes cabales los siete pesos y medio, no creas que lo entierre por más plagas que me llores. ¡Quién no conoce á ustedes, sinvergüenzas, embusteras! Tienen para fandangos y almuerzitos en vida de sus maridos, para estrenar todos los días zapatos, enaguas y otras cosas, y no tienen para pagar los derechos al pobre cura. Anda noramala, y no me incomodes más.

La desdichada mujer salió de allí confusa, atormen-

tada y llena de vergüenza por el áspero tratamiento de su cura, cuya dureza y falta de caridad nos escandalizó á todos los que presenciábamos el lance; pero á poco rato de haber salido la expresada viuda, volvió á entrar presurosa, y poniendo sobre la mesa los siete y medio pesos, le dijo al cura: — Ya está aquí el dinero, señor, hágame usted favor de que vaya el padre vicario á enterrar á mi marido.

— ¿Qué le parece á usted de estas cosas, compañero? dijo nuestro cura al de Chilapa, enredando con él la conversación. ¿No son unos pícaros muchos de mis feligreses? ¿Ve usted cómo esta bribona traía el dinero prevenido y se hacía una desdichada por ver si yo la creía y enterraba á su marido de coca? A otro cura de menos experiencia que yo ¿no se la hubiera pegado ésta con tantas lágrimas fingidas?

El cura Franco, como si lo estuviera reprendiendo su prelado, bajaba los ojos, enmudecía, mudaba de color cada rato, y de cuando en cuando veía á la desgraciada viuda con tal ahinco que parecía quererle decir alguna cosa.

Todos estábamos pendientes de esta escena sin poder averiguar qué misterio tenía la turbación del cura don Benigno; pero el de Tixtla, encarándose severamente á la mujer, y echándose el dinero en la bolsa, le dijo: — Está bien, sinvergüenza, se enterrará tu ma-

rido; pero será mañana en castigo de tus picardías, embustera.

—No soy embustera, señor cura, dijo la triste mujer con la mayor aflicción, soy una infeliz; el dinero me lo han dado de limosna ahora mismo. —¿Ahora mismo? Esa es otra mentira, decía el cura; ¿y quién te lo ha dado? —Entonces la mujer, soltando la criatura que llevaba de la mano y tomando en un brazo á la de pecho, se arroja á los pies del cura de Chilapa, lo abraza por las rodillas, reclina sobre ellas la cabeza y se desata en un mar de llanto sin poder articular una palabra. Su hijita, la que andaba, lloraba también al ver llorar á su madre; nuestro cura se quedó atónito; el de Chilapa se inclinó rodándosele las lágrimas, y porfiaba por levantar á la afligida, y todos nosotros estábamos absortos con semejante espectáculo.

Por fin, la misma mujer, luego que calmó algún tanto su dolor, rompió el silencio diciendo á su benefactor: —Padre, permítame usted que le bese los pies y se los riegue con mis lágrimas en señal de mi agradecimiento. —Y volviéndose á nosotros, prosiguió: —Sí, señores, este padre, que no será solo un señor sacerdote, sino un ángel bajado de los cielos, luego que salí, me llamó á solas en el corredor, me dió doce pesos y me dijo casi llorando: —Anda, hijita, paga el entierro y no digas quién te ha socorrido. —Pero yo fuera la mujer más

ingrata del mundo si no gritara quién me ha hecho tan grande caridad. Perdóneme que lo haya dicho, porque á más de que quería agradecerle públicamente este favor, me dolió mucho mi corazón al verme maltratar tanto de mi cura, que me trataba de embustera.

Los dos curas se quedaron mutuamente sonrojados y no osaban mirarse uno al otro, ambos confundidos: el de Tixtla por ver su codicia reprendida y el de Chilapa por advertir su caridad preconizada. El padre vicario, con la mayor prudencia, pretextando ir á hacer el entierro á la misma hora, sacó de allí á la mujer, y el subdelegado hizo sentar á los convidados y se comenzó la diversión del juego, con la que se distrajeron todos.

Ya dije que fui testigo de este pasaje, así como de los torpes arbitrios que se daba nuestro cura para habilitar su cofre de dinero. Uno de ellos era pensionar á los indios para que en la Semana Santa le pagasen un tanto por cada efigie de Jesucristo que sacaban en la procesión que llaman *de los Cristos*; pero no por vía de limosna ni para ayuda de las funciones de la iglesia, pues éstas las pagaban aparte, sino con el nombre de derechos, que cobraba á proporción del tamaño de las imágenes, verbigracia: por un Cristo de dos varas, cobraba dos pesos; por el de media vara, doce reales; por el de una tercia, un peso; y así se graduaban los tamaños

hasta de á medio real. Yo me limpié las legañas para leer el arancel y no hallé prefijados en él tales derechos.

El viernes santo salía en la procesión que llaman del Santo Entierro; había en la carrera de la dicha procesión una porción de altares, que llaman posas, y en cada uno de ellos pagaban los indios multitud de pesetas, pidiendo en cada vez *un responso por el alma del Señor*, y el bendito cura se guardaba los tomines, cantaba la oración de la Santa Cruz, y dejaba á aquellos pobres sumergidos en su ignorante y piadosa superstición.— Pero ¿qué más?— Le constaba que el día de finados llevaban los indios sus ofrendas y las ponían en sus casas creyendo que mientras más fruta, tamales, atole, mole y otras viandas ofrecían, tanto más alivio tenían las almas de sus deudos; y aun había indios tan idiotas, que mientras estaban en la iglesia, estaban echando pedazos de fruta y otras cosas por los agujeros de los sepulcros. Repito que el cura sabía, y muy bien, el origen y espíritu de estos abusos, pero jamás les predicó contra él, ni se los reprendió, y con este silencio apoyaba sus supersticiones, ó más bien las autorizaba, quedándose aquellos infelices ciegos, porque no había quién los sacara de su error. Ya sería de desear que sólo en Tixtla y en aquel tiempo hubieran acontecido estos abusos; pero la lástima es que hasta el día hay

muchos Tixtlas. ¡Quiera Dios que todos los pueblos del reino se purguen de estas y otras semejantes boberías, á merced del cielo, caridad y eficacia de los señores curas!

Fácil es concebir que siendo el subdelegado tan tominero y no siendo menos el cura, rara vez había paz entre los dos; siempre andaban á márame ó te mataré; porque es cierto que dos gatos no pueden estar bien en un costal. Ambos trataban de hacer su negocio cuanto antes y de exprimir al pueblo cada uno por su lado. Con esto á cada paso se formaban competencias, de que nacían quejas y disgustos. Por ejemplo: el cura, sin ser de su instituto, perseguía á los incontinentes libres, por ver si los casaba y percibía los derechos; el subdelegado hacía lo mismo por percibir las multas; cogía el cura á algunos, los reclamaba el juez secular; los negaba el eclesiástico, y he aquí formada ya una competencia de jurisdicciones.

En estas y las otras los pobres eran los lázaros, y regularmente ellos pagaban el pato, ó con la prisión, ó con el desembolso que sufrían, siendo los miserables indios la parte más flaca sobre que descargaba el interés de ambos traficantes.

Á excepción de cuatro riquillos consentidos que con su dinero compraban la impunidad de sus delitos, nadie podía ver al cura ni al subdelegado. Ya algunos habían representado en México contra ellos por sus agravios

particulares; mas sus quejas se eludían fácilmente, como que siempre había testigos que depusieran contra ellos y en favor de los agraviantes, haciendo pasar á los que se quejaban por unos calumniadores cavilosos.

Pero como el crimen no puede estar mucho tiempo sin castigo, sucedió que los indios principales con su gobernador pasaron á esta capital, hostigados ya de los malos tratamientos de sus jueces, y sin meterse por entonces con el cura acusaron en forma al subdelegado, presentando á la Real Audiencia un terrible escrito contra él, que contenía unos capítulos tan criminales como estos:

Que el subdelegado comerciaba y tenía repartimientos;

Que obligaba á los hijos del pueblo á comprarle al fiado, y les exigía la paga en semillas y á menos precio del corriente;

Que los obligaba á trabajar en sus labores por el jornal que quería, y al que se resistía ó no iba lo azotaba y encarcelaba;

Que permitía la pública incontinencia á todo el que tenía para estarle pagando multas cada rato;

Que por quinientos pesos solapó y puso en libertad á un asesino alevoso;

Que por tercera persona armaba juegos, y luego sacrificaba á cuantos cogía en ellos;

Que ocupaba los indios en el servicio de su casa sin pagarles nada;

Que se hacía servir de las indias, llevando á su casa tres cada semana con el nombre de semaneras, sin darles nada, y no se libraban de esta servidumbre ni las mismas hijas del gobernador;

Que les exigía á los indios los mismos derechos en sus demandas que los que cobraba de los españoles;

Que los días de *tianguis* él era el primer regatón que abarcaba los efectos que andaban más escasos, los hacía llevar á su tienda y después los vendía á los pobres á subido precio;

Últimamente, que comerciaba con los reales tributos.

Tales eran los cargos que hacían en el escrito, que concluía pidiendo se llamase al subdelegado á contestar en la capital; que fuera á Tixtla un comisionado para que, acompañado del justicia interino, procediese á la averiguación de la verdad, y resultando cierta la acusación, se depusiera del empleo, obligándolo á resarcir los daños particulares que había inferido á los hijos del pueblo.

La Real Audiencia decretó, de conformidad con lo que los indios suplicaban, y despachó un comisionado.

Toda esta tempestad se prevenía en México sin